

lugar dos acontecimientos. A las doce tomaba posesion ante el cabildo, el señor don Antonio de la Izeca y Alvarado, como gobernador y capitan general de la Provincia, en sustitucion del caballero de Santiago don Sancho Fernandez de Angulo y Sandoval, contra quien la Córte habia recibido frecuentes y á cual peores informes. A las oraciones de la noche el Dean de la Santa Iglesia Catedral unia en aquel templo, implorando sobre ellos las bendiciones del cielo, á dos jóvenes en cuyo semblante se retrataba la alegría mas pura.

Eran Fernan y Elena.

Tres dias despues, don Sancho y su privado partieron para España, sucediendo entonces lo que aun hoy sucede: el recibimiento habia sido una verdadera fiesta; todos eran halagos; la despedida era brusca, mas aún, despreciativa.....!

## Un protector.

..... Y accediendo á mis instancias comenzó su relato de este modo:

Tengo treinta años. Nací en Puebla, de una acomodada familia que despues pereció entre las numerosas víctimas del penúltimo sitio de aquella ciudad.

Mis padres procuraron darme una educacion esmerada, y un viejo canónigo, tio mio, me legó al morir una gran suma, que recibiria yo siempre que abrasase la carrera ecle-

siástica. Pero yo no me sentia con vocacion para tan difícil y espinosa vida, y renuncié aquel beneficio.

No agradándome otra profesion que la del comerciante, me dediqué á ella, con toda la pureza y buena fé de un alma jóven que ambiciona con los goces propios de su edad, las consideraciones sociales.

Fuí colocado en una de las principales casas de la ciudad, y en breve me ví dueño del cariño y de la confianza sin límites de mi principal.

Mi vida era deliciosa.

Llenaba yo cumplidamente mis obligaciones, en el escritorio, y las horas que me quedaban libres, las empleaba solo en gozar.

Una mañana de un dia festivo, debia celebrarse en la Catedral una funcion espléndida, á la que habia de concurrir lo mas hermoso de la sociedad poblana. Me situé en el templo desde temprano, y grado á grado ví llenarse sus espaciosas naves con una concurrencia verdaderamente espléndida y encantadora. Allí estaban todas las hijas de

Puebla que, como debe vd. saber, son muy hermosas.

La concurrencia era tan numerosa, que aun cuando hubiese yo intentado salir, no lo hubiera logrado. Estaba rodeado de gente por todas partes, y tuve que permanecer hasta la conclusion de los officios, apoyado en una columna junto á la cual me habia colocado.

Comenzaba aun la religiosa ceremonia, cuando al crujir de un primoroso traje de gros del color de los cielos de primavera, torné la vista y encontré que no léjos de mí se hallaba una jóven hechicera, que era la que llevaba aquel traje.

Era una beldad tan bella como las vírgenes de Rafael, era un sér mas tierno que una poesía del Tasso; toda ella era hermosa como una ilusion de poeta.

Dolores, así se llamaba, era aquella beldad con cuyo amor habia soñado tantas veces; era ese sér que existe en el mundo y que es el complemento del nuestro, y lo buscamos por todas partes, y aun nos hace amar

á otros séres mientras le encontramos para identificarnos con él. Dolores estaba mas primorosa y gentil que nunca; sus bellos ojos de un verde claro, de un brillo arrobador, se encontraron con los míos que ávidos devoraban sus encantos.

Dolores me conocia, y al verme, una leve sonrisa se dibujó en su diminuto lábio, y sus mejillas se colorearon ligeramente.

Yo habia visto muchas veces á aquella encantadora niña; pero aun no habia sentido latir mi corazon por ella. Sucede así que encontramos en nuestro camino á la persona que mas ha de influir en nuestra suerte, que ha de decidir nuestro porvenir, y pasamos sin darnos cuenta de que esa es el alma compañera de la nuestra; hasta que suena la hora en el reloj del destino y entonces una mirada nos revela que nuestros sueños van á realizarse, que nuestras esperanzas no mintieron. Entonces olvidamos todo lo que ayer nos entretenia, y condensamos en una pasion toda la ternura, todo el sentimiento y la pureza de un amor infinito, cuyas flores se

abren en ese instante para perfumar el cielo de nuestra felicidad.

Amè á Dolores, y mis ojos se lo dijeron allí ante el altar en que el sacerdote elevaba la hóstia santa, la prenda de la Redencion. Amè á Dolores, y comenzó para mí esa dulce ansiedad, ese encanto indefinible que tiene la existencia, desde el momento en que comprendemos que hay un corazon cuyos latidos nos pertenecen, que hay ojos que buscan nuestras miradas, lábios que algun dia nos brindarán la 'delicia' suprema de un beso fugitivo pero apasionado; y sobre todo, que existe un sér cuyo pensamiento único es nuestro amor. Sentí llenarse el vacío que habia en mi alma; comprendí que no hay ventura en el mundo sino en amar y ser amado, y ambicioné ser grande, ser bueno para merecer á Dolores.

Durante el sermon, que para mí fué muy breve, aunque todos dijeron despues que se habia eternizado, los ojos de Dolores, y los míos, se encontraron mil y mil veces, y se dijeron cuanto el corazon sentia.

Después de la función, seguí á Dolores hasta su casa. Pocos días después, fuí presentado á su familia, y algunas semanas mas tarde, nos juramos amor eterno.

Aquel amor era lo supremo, lo infinito de la felicidad que se puede gozar en el mundo.

El cariño, la dulzura de las miradas y las palabras de Dolores, me fascinaban; para arrancarme de su lado, hubiera sido preciso arrancarme la vida.

Pasamos así algunos meses sin que ni el mas leve disgusto turbara la inmensa dicha que embargaba nuestro sér. Mas, ¡ay! las glorias de este mundo no son eternas y ellas se desvanecen como el delicado aroma de una flor.....

Mis padres, cuando se impusieron de mis relaciones con Dolores, me declararon una abierta y cruda guerra. ¡Ah! Sobre mi amada pesaba, para ellos, una horrible maldición: era hija natural!

No saben los hombres todo el mal que causan con sus locuras y extravíos. Ved arrojada en medio del mundo una perla precio-

sísima, pero que no han de querer todos sacar del fango. Ved allí á un sér que en los momentos de su cruel desesperacion, al recibir los ultrajes de una sociedad á la que no ha causado mal alguno, habrá de maldecir, tal vez, el momento en que vino á la vida, y á los que se la dieron, condenándola al desprecio, para expiar una culpa que ella ignora. Derramar una criatura inocente, tantas y tan amargas lágrimas, que no bastan á borrar el anatema escrito sobre su frente; llorar sin esperanza de consuelo, y tener que odiar, sin quererlo, á los que se oponen á la felicidad que se ha soñado, ¿no es verdad que es muy triste, y que una vida se marchita al rayo de ese sufrimiento.....? Los hombres, al entregarse al placer, nada de esto piensan, y olvidan tantas historias de llanto y de miseria de que está sembrado el libro de la vida.

Aquella oposicion fué inútil.

Llega una vez en que el hombre, ciego y sordo ante todo, se lanza en medio de la fiebre que le devora, á satisfacer sus pasiones.

que le arrastran casi siempre á una ruina total é inevitable. Yo habia visto llorar á la mujer que adoraba, al temer mi abandono; sabia yo que era pura como la esencia que exhalan al abrirse los lirios de la montaña; la amaba como Romeo amò á Julieta; tenia yo fé en su amor, y al enjugar sus lágrimas le habia jurado hacerla mia ante el altar, á despecho del mundo entero.

Reuní cuanto poseia, y un año despues de aquel dia en que miré á Dolores en la Catedral, era yo casado sin que mi familia ni mis amigos lo supiesen.

Mis padres, en su cólera, me cerraron las puertas del hogar. Ah! esta conducta cruel fué acaso la causa de mi perdicion. Al lado de mis padres, Dolores hubiera vivido como en un santuario, y no hubiera sido víctima de nuestra horrible suerte. Pero todo ruego fué vano, y al fin mi dignidad me alejó para siempre de aquellos séres que amaba, pero de quienes me separaba la mano inquebrantable del destino.

El tiempo comenzó á descorrer el velo que la pasion habia colocado ante mis ojos. Entonces pude ver que habia yo contraido obligaciones cuando mi fortuna no bastaba á sobrellevarlas; que la obstinacion de mis padres alejándome de sí, me precipitaba á un abismo; que Dolores, aunque me amaba, se habia consagrado á su persona y solo queria ataviarse. Ella era sobradamente hermosa, y no tenia, por la descuidada educacion que habia recibido, la reflexion necesaria para conocer la gravedad de nuestra situacion. Yo, en mi ceguedad, me habia enlazado á Dolores, sin consagrarme antes á formar el carácter de la mujer que debia ser mi compañera. Para amarse dos almas no necesitan mas que una mirada, pero para identificarse dos caractéres, para comprenderse y no tener sino unas mismas arpiraciones; para ir siempre unidos trás un porvenir seguro y venturoso, es preciso mucho estudio y mucha calma. Si la sociedad es con tanta frecuencia teatro de historias que dan materia á los maldicientes, si dos séres que se ama-



niente, gracias al favor del comandante del cuerpo que era amigo mio.

Hasta aquel momento no me habia separado un solo dia de Dolores y de mi hijo; pero el instante fatal habia sonado.

Se me notificó la órden de marcha, y partí lleno de tristeza, despues de abrazar á aquellos dos seres queridos, y de pedir que mi haber fuese entregado á Dolores en Puebla; yo debia vivir como vive el soldado.

Separarse de la mujer que adora el alma; emprender un viaje de que no sabe uno si ha de tornar: ver acaso por última vez aquel rostro encantador cubierto de tristeza, y cruzar allí en el fondo del alma una idea cruel, desgarradora; sentir que taladra el corazon por vez primera el tormento horrible de los celos, y partir.....

¡Ah! qué mezquinos, qué instantáneos son los goces de la vida, comparados con los dolores de que está sembrada la existencia!

Hice un esfuerzo supremo; sentí que mi corazon se hacia pedazos, y..... partí.

No trato de referir los pormenores de aquella campaña; voy solamente á dar á conocer todo lo horrible de mi suerte, todo lo cruel de mi infortunio.

Mientras que yo, arriesgando mi existencia, y no por otra cosa que ascender y tener, por consiguiente, mayor paga, me colocaba en los sitios mas peligrosos, frente á un enemigo cuyo furor desafiaba; mientras que yo peregrinaba por nuestras ásperas montañas; mientras mi solo pensamiento eran Dolores y mi hijo, en Puebla, un hombre capitalista, pero de esos que no quieren hacer la felicidad de una familia con sus cuantiosos bienes, sino que, antes al contrario, emplean sus riquezas en sembrar la desolacion, el deshonor y las lágrimas en los hogares de los que solo tienen por matrimonio el amor de la esposa y el honor de su nombre; un rico de esos que llevan el nombre de *solterones*, que las viejas señalan siempre como un buen partido y de quienes hacen los mayores y mas cumplidos elogios, ponía los medios de echar por tierra mi única felicidad.

Dolores estaba acostumbrada al lujo de su casa, lujo cuya procedencia ignoraba; y á los dias en que, ciego yo con mi funesta pasión, derrochaba en breves instantes el fruto de largos meses de trabajo continuo.

Dolores amaba la grandeza y le deslumbraban los oropeles del gran mundo, y se veia reducida á la condicion de esposa de un pobre teniente empleado en una campaña que debia prolongarse desastrosa é indefinidamente. No conocia sino las apariencias engañosas del mundo; no se la habia enseñado á vencer sus pasiones, y no podia siquiera imaginar todas las consecuencias de una falta. Dolores estaba aislada y no podia alcanzar un consejo, ni un consuelo.

La actividad de los movimientos militares, las peripecias de la guerra, me alejaban cada vez mas de mi familia, y empeñado ya mi honor, no debia solicitar una licencia, siquiera fuese temporal, para ir á Puebla, y muchas veces ni escribir podia.

Mientras tanto, aquel hombre odioso continuaba conspirando contra mi honor, con-

tra mi felicidad única. Por donde quiera que iba Dolores, encontraba al rico comerciante siempre atento, revelando, aunque con hipócrita conducta, sus infames deseos.

Todo esto lo supe ya tarde.

Un dia, viendo Dolores que no tenia un solo medio en nuestra casa, cuando nuestro hijo estaba enfermo y pedia un pan, se dirigió personalmente á la tesorería en busca de mi haber del mes que habia pasado ya. Pero ¡ay! todo fué inútil; le dijeron que las cajas estaban exhaustas, y que se habia puesto á las fuerzas á media paga, por ser ya demasiada numerosas. Y ni aun siquiera esa media paga podria cubrirse sino despues de muchos dias.....!

Dolores odiaba á mi familia que la habia despreciado, y no intentó implorarle.

Salió de la tesorería con el corazon despedazado, pensando en que no podia satisfacer el hambre de nuestro hijo, y enjugando con el pañuelo las lágrimas que corrian por sus mejillas.

En la puerta encontró á aquel hombre que

se habia constituido sombra suya, y que, aproximándose, le dijo: "Sé las desgracias que rodean á vd., no desespere; le mandaré lo necesario para hacer variar su situacion. No iré yo mismo á proporcionarle este consuelo, por mas grato que pudiera ser para mí, porque quiero á vd. demasiado para dar lugar á que atribuya á siniestras miradas una conducta que inspira la mas leal y desinteresada simpatía. Digna es vd. de mejor suerte, Dolores....." Y desapareció sin dar tiempo á que Dolores saliese de la extraña sorpresa que habia recibido al escuchar aquellas palabras.

Aquel mismo dia recibió Dolores, de manos de un desconocido, una cantidad que bastaba á subvenir á sus necesidades.

Pasaron muchos dias y no volvió á encontrar en su camino á su protector, que parecia huir de ella, para no escitar su rubor por el beneficio recibido.

Trascurrió así algun tiempo.

Pasaron dos meses, y luego otros y otros, y Dolores tuvo que volver personalmente á

la tesorería; pero salió como la vez primera, llorando, y sin encontrar á su protector.

Volvió á la casa, y estuvo algunas horas sumergida en las mas tristes reflexiones.

¿Qué oscuro se presentaba el porvenir á aquella pobre jóven abandonada á su entender hasta de mí, porque mis cartas no llegaban á sus manos! Dolores no sabia trabajar; no tenia ilustracion de ningun género; no encontraba una alma que la compadeciese y amparase.....

¿Podrá el cielo dejar sin castigo la crueldad de los padres que abandonan á sus hijos porque no siguen, dóciles, sus deseos?

¿Será un crimen tan espantoso contrariar la voluntad paternal, cuando hay que sufrir tantas miserias y derramar tantas y tan amargas lágrimas?

¿Será una ley irrevocable del destino, que los hijos naturales, por inocentes y puros que sean, tengan que expiar las faltas de sus padres, para dar así saludable leccion á los que sin temor ninguno se entregan á satisfacer sus pasiones?